

Agésilao y no Artajerjes el verdadero señor del mundo griego. El antiguo enemigo de los persas había tenido que reservarse solo la mitad de los honores de las negociaciones con Susa; pero por lo menos no había podido ocultársele el gran partido que podía sacarse del nuevo tratado para restablecer, con nuevos fundamentos, el poder de su Estado y la soberanía de los lacedemonios sobre la Grecia. El cumplimiento de la paz y la vigilancia de las estipulaciones eran preciosos medios para conseguir este objeto. El antiguo principio de *divide et impera*, la renovación de todas las enemistades en Grecia, el inextinguible particularismo y el espíritu de cantonalismo pudieron ser aprovechados por Esparta, obrando con cautela, designando como contrario al tratado todo aquello en virtud de lo cual una ciudad pudiera ejercer la hegemonía sobre las demás ciudades de su cantón, y destruyendo los poderes que podían parecerle temibles para ella. No sabemos si Antálcidas había trazado su programa en sentido tan ofensivo, ni si Agésilao se reconcilió con él ó si le rechazó: lo cierto es que el rey guerrero, que solo atendía á los intereses espartanos y que poco á poco se iba aproximando á la política del provecho propio, se apoderó de la direc-

ción de la política extranjera en Esparta. Agésilao había de ser una fatalidad para su Estado.

Los enemigos de Esparta no habían tenido mas remedio que aceptar la paz de Antálcidas: sus embajadores se reunieron en 387 en aquella ciudad para aceptar en definitiva y jurar el tratado: Agésilao, que presidía la asamblea, les mostró la manera como él comprendía el porvenir. Cuando los tebanos, á quienes profesaba un odio implacable, quisieron prestar el juramento en nombre de todos los beocios, les rechazó duramente, de suerte que tuvieron que esperar nuevas instrucciones de su gobierno. Pero fueron tales los aprestos de guerra que hizo Agésilao, que Tebas tuvo que someterse por completo. Orcomene fué reconocida como Estado independiente y Platea reconstruida. Mas importante fué para Esparta el hecho de abandonar los argivos y los caudillos con ellos comprometidos de la democracia corintia, la ciudad de Corinto, por efecto de las continuas intimaciones del rey. Los amigos de los espartanos regresaron, y el ingreso de la orgullosa metrópoli mercantil del Peloponeso en la antigua simmaquia, puso fin á la larga serie de acontecimientos de la guerra corintia.

CAPÍTULO III

APOGEO Y RÁPIDA DECADENCIA DEL PODER DE ESPARTA. LEVANTAMIENTO DE TEBAS. SEGUNDA LIGA ATENIENSE

- I. Esparta conquista á Mantinea, Olinto, Cadmea y Flio.—II. Incremento de los espartanos. Epaminondas y Pelópidas. Sublevación de Tebas contra Esparta.—III. Segunda liga marítima de los atenienses. Guerra de tebanos y atenienses contra Esparta.—IV. Timoteo de Atenas. El príncipe Jason en Tesalia.—V. Derrota de los espartanos en Leuctra.—VI. Consecuencias de la batalla de Leuctra.—VII. Levantamiento de la democracia peloponésica contra Esparta. Megalópolis y la nueva unidad del Estado arcadio.—VIII. Los tebanos en Laconia. Restablecimiento de Mesenia. Política y poder de Epaminondas.—IX. Soberanía y poder de Dionisio I en Siracusa. Dionisio I de Siracusa y los atenienses aliados con Esparta.—X. Tebas reconocida en Susa como primera potencia griega.—XI. Macedonia. El príncipe Filipo en Tebas.—XII. Muerte de Pelópidas. Planes marítimos de Epaminondas.—XIII. Guerra entre Elis y Arcadia, y sus consecuencias. Batalla de Mantinea. Muerte de Epaminondas.—XIV. Tebas, Atenas y Esparta despues de la batalla de Mantinea. Muerte de Agésilao.—XV. Filipo rey de Macedonia.—XVI. La historia y la elocuencia en Grecia. Comedias. Artes plásticas. La medicina.—XVII. Filosofía griega. Platon.

I.—ESPARTA CONQUISTA Á MANTINEA, OLINTO, CADMEA Y FLIO

A consecuencia del cambio operado en la situación de las cosas despues de la paz de Antálcidas, los dos nuevos aliados, Persia y Esparta, quedaron dueños del campo. Los atenienses tuvieron el disgusto de ver que su aliado Evágoras, que todavía en 388 se hallaba protegido con gran éxito por Cabrias, y había conquistado casi toda la isla de Chipre, insurreccionado la Cilicia y atacado victoriosamente la Fenicia, se encontraba entonces humillado por las superiores fuerzas de los persas y limitado, por fin, en 385 á su Salamina, que pudo conservar como vasallo del rey persa. Evágoras pereció en 374 á manos de un enemigo personal, dejando su principado á su hijo Nicocles.

En Esparta dominaba de un modo incontestable la influencia de Agésilao, el cual pudo mostrarse agradecido á su amigo Jenofonte, que habiendo peleado como general bajo la bandera espartana cuando los atenienses se sublevaron en 395 contra Esparta, había sido desterrado de su patria, y seguía siendo fiel al rey. Diéronle entonces los eforos, como indemnización, una propiedad llamada Scilo, situada junto á Olimpia, en Elide, en donde pasó su vida escribiendo y cazando. En cambio debían temblar los hombres de todos los

partidos que de cualquier modo habían perjudicado los intereses de Esparta.

La nueva política de los espartanos no se contentó con atraerse, como representante de la autonomía de las pequeñas comunidades, á todos los elementos débiles de Grecia, prevaleciendo la opinión de tomar venganza en todo el Peloponeso de aquellos Estados que se habían hecho culpables por haber ido contra Esparta ó contra el partido laconio. De aquí nació una completa indiferencia hacia todo privilegio histórico y todo derecho extranjero, cual apenas Lisandro la hubiese podido introducir. La nueva política de Agésilao se basaba en el principio del *oderint dum metuant* y en la ejecución desconsiderada del propósito de extender los límites del poder espartano hasta donde llegaban sus armas. Esta política tuvo por entonces buen éxito. Con indignación de todos los helenos, la ciudad de Mantinea, que desde antiguo inspiraba pocas sospechas y que entonces se regía democráticamente, se vió desmembrada despues de un largo bloqueo (385 á 384), viéndose sus habitantes obligados á derribar sus murallas y á establecerse en varias aldeas, bajo el gobierno de funcionarios aristocráticos.

Este golpe de Estado era sin duda el peor abuso de las condiciones establecidas en la paz de Antálcidas. Prescin-

diendo del punto de vista de la política griega general, era altamente funesto que la política de los espartanos destruyese en sus gérmenes las nuevas creaciones del Norte griego, de las cuales tanto se esperaba. En la península de Calcidia aumentaba considerablemente desde 393 la influencia de la ciudad de Olinto: esta fuerte comunidad, en alianza con Potidea y con algunas tribus tracias vecinas, había aumentado poderosamente su fuerza en las costas de Macedonia (1), apoderándose de Pella; había obligado á la mayor parte de las ciudades calcidias á reconocer su hegemonía (384) y había formado una liga con Tebas y Atenas. Cuando no solo Amintas II, sino también las ciudades de Apolonia y de Acanthos, solicitaron en la primavera de 383 la intervención de Esparta, accedió esta gustosa á tales pretensiones y comenzó una larga guerra, que, despues de varias vicisitudes, como la muerte del audaz Teleutias en un combate (382) y la del joven rey Agesipolo ocasionada por unas fiebres (380), terminó en 379 con una victoria completa de los espartanos. La liga olintia fué destruida, y las distintas ciudades que la componían se vieron obligadas á aliarse con Esparta.

Antes, sin embargo, de terminar esta guerra, había obtenido la política espartana otros dos importantes triunfos. Cuando, durante el verano de 383, el polemarcha Febidas envió á Calcidia grandes refuerzos, aprovechó, de acuerdo con el caudillo oligárquico Leontiades, la ocasión para invadir la fortaleza Cadmea y asegurar la dominación oligárquica en Tebas, sometiendo á la dominación de los eforos la ciudad que mas odio sentía hacia Esparta, de entre todas las de la Grecia central. Agésilao declaró que este acto de violencia sin ejemplo merecía la aprobación del gobierno espartano. Ciertamente se ordenó á Febidas que se retirase; pero en cambio los espartanos siguieron poseyendo á Cadmea, la oligarquía se apoderó en Tebas de las riendas del gobierno y el caudillo de los demócratas tebanos, Ismenias, tuvo que comparecer, como principal causante de la última guerra beociocorintia, ante un tribunal que le condenó á muerte.

El proceder que Esparta siguió para con Flio estuvo en armonía con sus prácticas políticas: esta ciudad también se había separado de Esparta, durante la última guerra, organizándose democráticamente, expulsando á las familias que de antiguo la gobernaban, mas sin por esto entrar en la coalición enemiga. El temor de una aparición de los peltastes de Ifícrates, fué causa de que Flio aceptase de nuevo en su seno tropas espartanas. Desmembrada Mantinea, consiguieron los eforos, por medio de sus reclamaciones diplomáticas, que regresasen á Flio las familias nobles poco antes desterradas; pero la difícil compensación que se les debía por la pérdida de sus posesiones se hacía muy despacio, no recomendándose mucho la ciudad al favor de Agésilao. Cuando en 381 los disgustados aristócratas se dirigieron á Esparta, en extremo descontentos de la conducta seguida por los tribunales de su patria, proceder que fué castigado por la democracia dominante con una fuerte multa, decidióse en la capital del Peloponeso organizar una intervención armada, que dirigió Agésilao en persona desde fines del año 381. En vano se ofrecieron los flisios á cumplir todas las condiciones que les impusieron los desterrados; el anciano rey se impacientaba por poner en la ciudadela una guarnición espartana permanente, deseo que no había podido llevar á cabo ni en Mantinea ni en Tebas, por la enérgica resistencia de las poblaciones, dirigidas por el demagogo Delfion. Comenzó, pues,

(1) En Macedonia, muerto en 394 el rey Eropo II, sucedióle su hijo Pausanias, que fué destronado en 393 por Amintas II, biznieto de Alejandro I y yerno de Eropo; el reinado de Amintas II fué muy turbulento, á causa de los ataques de los pretendientes á la corona y de los caudillos ilirios.

una guerra que para Agésilao no resultó ni fácil ni gloriosa. Despues de un largo bloqueo, capituló la ciudad, que comenzaba ya á sentir los horrores del hambre, y que, despues de haber sido teatro de las mas sangrientas escenas, se vió obligada á sufrir el yugo de una guarnición espartana: se comprenderá fácilmente que la primera disposición tomada fué redactar una constitución estrictamente oligárquica.

La rendición de Flio coincidió casi con la caída de Olinto, es decir, acaeció á principios ó durante la primavera de 379. Esparta había llegado al apogeo de su poder y dominaba sin enemigo alguno y con mayor fuerza que en tiempo de Lisandro todos los países que se extendían desde el Eurotas hasta la Calcidia, á excepcion de Argos, en el Peloponeso, y de la fatigada y casi impotente Atenas en la Grecia central. La democracia, al parecer, había terminado su misión. La política espartana había conseguido su objeto de un modo muy distinto que en los antiguos tiempos y anteriores al episodio del ateniense Hipias. La democracia era entonces su único enemigo. Como en Laconia la oligarquía se había aliado estrechamente con el anciano rey, el espartanismo fundaba, allende los límites laconios, su nuevo poderío, parte en la oligarquía, parte en la monarquía, con su antigua forma, es decir, á modo de tiranía. El rey de Persia, el rey de Macedonia, el caudillo de los molosos epirotas y la corte del tirano de Siracusa eran todos aliados del señor del Eurotas. El poder del Estado espartano había llegado á ser una verdadera hegemonía sobre toda la Grecia, y parecía mucho mas seguro, mucho mas arraigado que en las anteriores ocasiones. No obstante, todo ello no era mas que una ilusoria apariencia. Aun cuando elementos muy importantes del mundo griego se regocijaban por el nuevo esplendor de Esparta, la gran mayoría de los griegos, adicta á la democracia, no cayó en las redes de Agésilao. La soberanía laconica carecía, como siempre, de medios morales para ofrecer á los griegos otra cosa mas que una dominación militar; no se establecieron nuevas y necesarias relaciones interiores; no se sancionaron las convenientes instituciones; no se obtuvieron ventajas materiales y mercantiles; no apareció, desde la alianza entre Esparta y Persia y desde el sacrificio de los griegos asiáticos, ni una sola idea que hubiese podido alegrar, siquiera momentáneamente, á los griegos, víctimas del desorden de los eforos y de los harmostes y aun de su propia oligarquía. Los prudentes políticos del Eurotas no preveían cuán hondas raíces iba echando en toda la Grecia el odio que el pueblo democrático sentía hacia la supremacía de Esparta y que se avivaba á cada nueva violencia de los espartanos. No sospechaban tampoco que en el mismo año en que la orgullosa bandera de Olinto se inclinaba ante el poder de Esparta, debía comenzar el ocaso del nuevo poderío lacedemonio.

II.—INCREMENTO DE LOS ESPARTANOS. EPAMINONDAS Y PELÓPIDAS. SUBLEVACION DE TEBAS CONTRA ESPARTA

El primer ataque que se dirigió contra la soberanía de Esparta, procedió de la ciudad á la cual mas había humillado, de Tebas. El exasperado partido democrático de este Estado contaba entre el número de sus partidarios muchos hombres de valía, como no los había tenido Tebas hasta entonces ni debía volver á tenerlos jamás. Predominando, pues, los individuos oriundos de nobles familias, animados por una justa ambición, y educados en parte por los discípulos de la filosofía pitagórica que se habían establecido en Tebas durante la guerra peloponésica, solo por fuerza soportaban el doble yugo de su oligarquía y de los comandantes que Esparta había puesto en la ciudadela. Pero Tebas por sí sola nada podía hacer: los jefes del partido sojuzgado, hombres como el hijo de Polymnio, Epaminondas (nacido en 418 an-

tes de Jesucristo), personalidad la mas instruida y de costumbres mas puras entre todos los hombres de Estado y generales de aquella época de la historia griega, que poseia una instruccion vastísima y comulgaba en las ideas pitagóricas, que tantos prosélitos tenian gracias á su enlace con las teorías oligárquicas; estos jefes, decimos, y sus amigos y partidarios apenas podian en secreto educar moral y políticamente al pueblo de su Estado para un brillante porvenir. La destruccion del doble yugo solo podia tentarse en el exterior, dadas las circunstancias del momento.

Los tebanos, siguiendo la costumbre á que tan á menudo se apelaba entonces en tantas comarcas de Grecia, organizaron una gran emigracion que mereció las simpatías de todos los helenos que deseaban con viva impaciencia llegase el día en que se pudiera intentar una batalla decisiva. La mayor parte de estos fugitivos se estableció en el Atica, en donde fueron muy bien tratados por todos los partidos, que cada día se exasperaban mas y mas por las violencias que ejercia la política espartana. El gobierno oligárquico de Tebas receloso con razon de las intenciones de los emigrados y siguiendo la práctica que desgraciadamente se habia hecho general entre los helenos, se desembarazó por medio del asesinato de Androclidas, jefe de aquellos, y mandó vigilar á los fugitivos que habian encontrado un nuevo y excelente jefe en un amigo de Epaminondas. Nos referimos al rico y poderoso Pelópidas, hijo de nobilísima familia, dotado de una naturaleza altamente militar y política, de carácter fogoso y apasionado, educado en el sentido ideal de la escuela de Epaminondas, muy distinta de la de los demócratas beocios, cuyas doctrinas eran brutales y groseras, y defensor de todos los altos intereses. Pelópidas ardía en deseos de llegar á ser el Trasíbulo tebano. La union con los amigos que se habian quedado en la patria se estableció con fuertes lazos. Gradualmente se habia ido formando en Tebas un grupo de demócratas que habian sabido eludir la desconfianza de los jefes oligárquicos, captarse su simpatía y apoderarse de los cargos públicos. Ibase poco á poco introduciendo en Grecia el arte de llevar á cabo conspiraciones políticas con diabólica maestría. La misma confianza á que se entregaban en Tebas los espartanos y los oligarcas, despues de haber sometido á los últimos enemigos de Esparta en Grecia, indujo á los aliados demócratas de aquella ciudad y á los de aquende y allende los límites áticos, á aventurarse á promover un levantamiento en la ocasion en que la potencia espartana menos lo esperaba.

Los conjurados en Tebas y los fugitivos en Atenas, temiendo por la vida de uno de sus adeptos, que se hallaba preso en Tebas, fijaron, como fecha de su sublevacion, el mes de diciembre de 379, época cruda y abundante en nieves, en que no era de esperar que pudiesen los espartanos organizar un rápido ataque contra Beocia. Este atrevido golpe de mano se vió coronado de un éxito completo. Pelópidas, con una corta hueste, durante una noche de dicho mes, despreciando el viento y la nieve que caía en abundancia, penetró secretamente en Tebas, donde sus amigos le entregaron á una parte de los caudillos oligarcas, que habian sido invitados á una fiesta. Pelópidas en persona, acompañado de algunos pocos soldados, atacó al enérgico Leontiade en su misma casa y le dió muerte despues de una corta lucha: dióse luego libertad á los prisioneros; llamóse á toda prisa á los fugitivos que permanecian aun en Atenas, se arengó al pueblo de Tebas excitándole á romper las cadenas que le sujetaban, y se comenzó á la siguiente mañana, cuando la asamblea del pueblo hubo nombrado beotarcas á Pelópidas, Melon y Charon, á poner sitio á la fortaleza Cadmea, despues de haber reunido todas sus tropas. Dos estrategos atenienses, que

habian ya llegado á las fronteras beocias, pues en Atenas se sabia lo que habia de acontecer en Tebas, continuaron su viaje y penetraron en Beocia, siendo su llegada un gran refuerzo moral para los amotinados: al propio tiempo, un gran número de voluntarios áticos tomaron parte en el asalto de la fortaleza. Los 1,500 lacedemonios que estaban de guarnicion en la Cadmea no se sostuvieron mucho tiempo: atacados, privados de todo auxilio, faltos de viveres, y aumentado su número con los oligarcas que habian huido de la ciudad, desesperábase los tres harmostes al ver que sus tropas solo se defendian á la fuerza. Por fin se vieron obligados á consentir en una capitulacion, en virtud de la cual pudieron dirigirse libremente á Esparta, en donde dos de los harmostes fueron condenados á muerte y el tercero tuvo que salir desterrado por no haber podido pagar la fuerte multa que se le impuso.

El primer ataque contra Esparta habia tenido buen éxito; los tebanos debian procurar sostenerse. Era natural que la corriente que dominaba en Esparta desease vengar el honor comprometido y castigar la sublevacion beocia antes de que pudiera extenderse y echar mas hondas raíces. Era imposible que los tebanos, dado el estado de cosas existente, lograsen de Esparta el reconocimiento de su independencia ni tampoco que se les dejase en paz, puntos que debian decidirse por medio de las armas. Los espartanos enviaron en enero de 378 á Beocia un ejército peloponesio á las órdenes de Cleombroto I, hermano y sucesor del difunto Agesipolo, quien no pudo conseguir la victoria sobre Tebas. La mala época en que habia comenzado la empresa, la inexperiencia militar del rey, y quizá cierta antipatía contra la política de Agesilao, le impidieron dar batallas decisivas, á pesar de lo cual consiguió el jóven rey dos triunfos no despreciables. Por un lado su presencia dió nuevo ánimo y confianza á los enemigos de Tebas en Beocia, entre los cuales figuraban en primera línea las ciudades de Orcomene, Thespie y Platea; por otro, la llegada de su ejército intimidó á los atenienses, entre los cuales los amigos de Tebas y los de Esparta luchaban por obtener cada cual el influjo decisivo en la direccion del Estado. Cuanto mas aumentaban las simpatías de Atenas por la revolucion de Tebas, tanto menos los atenienses se decidían á sostener con esta una guerra contra Esparta en su propio suelo y en una ocasion en que el Atica no estaba protegida por Corinto. El desacuerdo era tal que bajo la presion de las quejas que, durante la expedicion de Cleombroto á Tebas, reprodujo una embajada espartana por la proteccion á Tebas dispensada, los atenienses se apresuraron á romper su alianza con los tebanos, condenando á muerte á uno de los estrategos que se habian comprometido, y desterrando al otro.

A las tres semanas, abandonó Cleombroto la Beocia; pero dejó en Thespie á su amigo, el harmoste Sfodrias, con numerosas fuerzas y considerables sumas de dinero, confiándole la mision de reclutar mercenarios y hostilizar á los tebanos. No era muy ventajosa la situacion de Pelópidas y de sus adeptos, que procuraban, con asentimiento del demos, fundir en un solo Estado político y bajo la direccion de Tebas, á todas las ciudades de la alianza. No hay que decir que el noble caudillo de la democracia entonces dominante en Tebas, se veía á menudo apurado para oponerse á las brutales pasiones de las masas, y á las exageraciones de muchos terroristas.

Difícilmente hubieran podido dominar todas estas dificultades el genio de Epaminondas y la tenaz energía de Pelópidas, si la estupidez de los espartanos no hubiese sido causa de que en el mismo teatro de la guerra, se volbiesen contra ellos los atenienses, á consecuencia de una perfidia por el estilo de la de Febidas. Fuera por efecto de la astucia de los tebanos, fuera, y esto es lo mas probable, que el general Sfo-

drias obrase por su propio impulso, conociendo la antipatía de Atenas contra Esparta, y no dudando de que en su patria seria muy bien acogida la noticia de una victoria contra los atenienses, que tanta importancia habria de tener en la situacion de las cosas, ello es que se propuso este caudillo, al saber que era muy posible invadir el Pireo, llevar á cabo esta empresa en la primavera de 378. Pero habia echado mal los cálculos: la batalla tuvo mal éxito, lo cual le exasperó de tal manera que en su retirada saqueó varias aldeas áticas. Cuando el audaz caudillo se vió despojado del mando y absuelto ante el tribunal de los gerontes, gracias al inesperado cambio que en su favor se operó en Agesilao, vió Atenas conjurada la tormenta que la habia amenazado, y predominó, por fin, entre sus ciudadanos el partido favorable á Tebas. Firmóse entonces con esta una alianza ofensiva y defensiva, se terminaron á toda prisa las fortificaciones del Pireo y se procuró por todos los medios crear una nueva liga marítima, que hacia tiempo ofrecia al parecer probabilidades de éxito.

Durante el año que lleva el nombre del arconte Nausinico (378 á 377), se reunieron los principales hombres de Estado de la ciudad de Pericles para reconquistar una parte de su perdida grandeza. Ciertamente la acomodada burguesía debia, como durante la guerra de Corinto, hacer grandes sacrificios para proporcionar los recursos necesarios para la nueva empresa. Al poco tiempo de establecerse la democracia, se habian juntado ya en la Acrópolis el tesoro de Atene y los de las demás divinidades, y esto mismo se hizo en esta ocasion creándose de nuevo el cargo de tesorero general ó director de hacienda, ministro de hacienda ático, cargo que, al decir de algunos investigadores, existia ya antiguamente; pero tuvo que variarse por completo el sistema de impuestos y apelar á las contribuciones directas para poder aprestar una escuadra de 200 triremes y reunir un ejército considerable. Establecióse un nuevo impuesto general y se hizo un inventario de todos los bienes existentes en Atica, incluso el numerario y bienes públicos, calculándose en 5,750 talentos (135.412,500 reales) el importe de las rentas anuales de todo el pueblo ático. Introdujose una contribucion progresiva sobre la renta que pesaba gravemente sobre los poseedores de bienes, y segun la cual todo aquel que percibia anualmente mas de cien minas (39,000 reales), debia pagar el quinto de su renta al Estado. Dividióse la burguesía contribuyente, exceptuando los pobres y aquellos cuyos bienes podian estimarse en 25 minas, ó 9,750 reales, en veinte symmorias ó grupos de contribuyentes, compuestos de 1,200 ciudadanos, cada una de las cuales ofrecia igual riqueza imponible. Los 300 mas ricos, 15 de cada symmoría, adelantaban al Estado la cantidad señalada á todos los symmoritas, cantidad que estos les iban reintegrando despues. Las symmorias, cada una de las cuales tenia su director, curador ó repartidor, estaban sujetas á la inspeccion de los estrategos, que tenian jurisdiccion en los casos de controversia.

III. — SEGUNDA LIGA MARÍTIMA DE LOS ATENIENSES, GUERRA DE TEBANOS Y ATENIENSES CONTRA ESPARTA

La situacion entonces existente, la antipatía de los griegos hácia Esparta, la prudencia y moderacion de los atenienses, exigian que se formase á toda prisa una alianza que llevase á cabo la tarea de asegurar la libertad y la independencia de los griegos contra las pretensiones de los lacedemonios. Atenas, bajo la influencia del hábil Calistrato de Afidne, nieto de Agyrrio, que hasta entonces se habia mostrado adicto á la política de Esparta, y que era indudablemente el mejor orador de su tiempo, estableció las bases fundamentales para que la autonomia de los aliados correspondiera al objeto que

se habia propuesto la liga. Atenas que por un lado no tenia ya motivos de enojo contra Persia, si bien comprendia la secreta significacion de la paz de Antálcidas y que, por otro lado, odiaba el sistema de las antiguas clerusias, dispuso que en lo sucesivo ningun ciudadano ático adquiriese tierras en el extranjero y declaró que no queria ser la capital de un imperio sujeto á dependencia, sino el pueblo director de comunidades libres. En una reunion que se celebró en Atenas, los enviados de Chío, Mitilene, Rodas, Bizancio y de algunas otras ciudades, estatuyeron con los atenienses los principios fundamentales de la nueva constitucion de la alianza. Calistrato tuvo la feliz idea de sustituir para los impuestos necesarios á la liga, el antiguo y odiado nombre de *foros* (tributo) por el de *sintaxes* (contingente) que todavia no se habia usado. Todas las comunidades helénicas y no helénicas podian formar parte de la liga, con tal que no estuviesen bajo la dominacion del rey de Persia; todas las aliadas tenian sus representantes en el Sinedrion, ó consejo de la liga, que residia en Atenas, y en el cual cada Estado tenia un solo voto, fuese cual fuese su extension. Este Sinedrion formaba, junto á la direccion de la liga ateniense, como un tribunal consultivo, y la Iglesia ática aceptaba ó rechazaba las proposiciones que le presentaban la Bula y el Sinedrion. Atenas tenia el derecho de aceptar nuevos aliados y de excluir de la liga á todos aquellos que no cumplieran con los deberes que esta les imponia: de este modo tenia en sus manos la existencia de la confederacion.

Cuando se hubieron acordado los principios fundamentales de la nueva alianza, principios que Tebas aceptó, hicieron los atenienses, al comenzar el año 377, un llamamiento para que todos los helenos entrasen en la nueva simmaquia, consiguiendo en poco tiempo sustraer á muchas ciudades marítimas é isleñas del influjo de Esparta y atraerlas á la nueva alianza con Atenas: de este modo se logró hacer entrar en la liga á la importante Eubea y á algunas de las Cícladas. Cabrias, que tan célebre se habia hecho por tierra y por mar, Timoteo, hijo de Conon, y Calistrato, fueron los primeros jefes de la escuadra aliada, siendo de gran trascendencia la primera expedicion marítima que llevó á cabo Cabrias á partir del mes de mayo del propio año.

Los espartanos habian visto con indiferencia durante algun tiempo el renacimiento marítimo de los atenienses. Por una parte no dieron importancia á las primeras tentativas que en este sentido hacia Atenas, y por otra el ofendido Agesilao no pensaba sino en sujetar y humillar de nuevo á Tebas, que iba tomando gran incremento. Esparta, terminada la guerra de Olinto, habia eximido á sus aliados del servicio, permitiéndoles, de un modo análogo al que habian usado los atenienses cuando la alianza délica, que en vez de darle marinos, le entregasen ciertas cantidades de dinero, con las cuales podia reclutar mercenarios. Despues organizó de nuevo la fuerza de tierra, y dividió el territorio de la simmaquia lacedemonia en diez círculos y el ejército en diez cuerpos, formados de esta manera: el primero por tropas laconias, el segundo y tercero de arcadios, el cuarto de eleos, el quinto de aqueos, el sexto de corintios y megarenses, el sétimo de fliasios, sicionios y guerreros de las comunidades laconias aliadas, el octavo de acarnanios, el noveno de focenses y locrios, y el décimo de olintios y calcidios.

A pesar de esta organizacion mostróse adversa la fortuna á los espartanos. Cuando Agesilao, durante el verano de 378, se dirigió á Tebas con 18,000 infantes y 1,500 caballos de Thespie, encontró á los tebanos, que habian recibido el refuerzo de 5,000 hombres y 200 caballos mandados por Cabrias, detrás de una cadena de trincheras con las cuales habian cubierto su territorio. El rey logró atravesar esta línea, pero